

A UNA CON EL SOL

POR EDUARDO MAULEÓN

Hemos dormido en el Monasterio de Leyre. Bonito punto de arranque a nuestra proyectada travesía que nos ha de llevar desde aquí a Ochagavía.

La distancia es bastante grande, por lo que interesa salir temprano. Por eso y porque conviene sacar alguna ventaja al sol cuando éste se desabroche totalmente para volcar su fuego sobre el inhospitalario y duro paisaje que enseña el Romanzado y Salazar.

Claro es que no siempre han de salir las cosas tal como uno las tiene estudiadas y en clara disposición de llevarlas a efecto.

Por de pronto la misa de seis, que era la primera, se ha ido sin enterarnos nosotros. Dentro de un par de horas viene otra. Tiempo suficiente que nos permite rondar por el Monasterio y contemplar la magnífica visión que desde aquí se ofrece. Ahí abajo está el Pantano de Yesa, con sus aguas verdosas y rizadas llenándose de luces de espejo. Y se ve al fondo, un poco en brumas todavía, la sierra de Santo Domingo de Onsella y la Peña de Oroel, surgiendo encima de Jaca. Aquí enfrente la niebla mañanera comienza a romperla el aire enseñándonos entre sus rasgaduras los tajantes paredones de la Sierra de Leyre.

Sí; hay tiempo suficiente como para meditar un buen rato, como para pensar, viendo este Cenobio, de lo que representó para la Cristiandad y para la Historia de Navarra.

He aquí, a grandes rasgos, lo que fue un tiempo.

En el siglo IX las luchas contra las huestes agarenas que constantemente invadían las llanuras navarras obligaron al primer rey de la Monarquía Pirenáica, Iñigo Jiménez Arista, a buscar un lugar abrupto y estratégico. Sobre las ruinas de la ermita de San Salvador de Leyre erigió un Monasterio-Fortaleza que había de servir de Corte, residencia y más tarde Panteón Real. Era, pues, Palacio Real, Catedral y Sede de la Diócesis de Pamplona. Su importancia era tal que los Obispos se llamaban indistintamente de Pamplona o de Leyre y habían de ser elegidos entre los monjes del Monasterio; condiciones impuestas por estos debido a las mercedes o donaciones concedidas por los de Leyre a la Catedral de Pamplona, a la sazón destruida por los sarracenos.

Llegó a tener, bajo su autoridad, setenta y dos casas religiosas y cincuenta y ocho pueblos, entre los que se encontraba la actual capital de Guipúzcoa, donado este por Sancho el Mayor.

A raíz de la incorporación de Navarra a Castilla viene la decadencia de Leyre, el cual a mediados del siglo pasado se había convertido en una hu-

milde parroquia de pastores. Fue vendido a un particular y adquirido más tarde por el Estado, que bajo la salvaguarda de la Institución Príncipe de Viana se ha convertido en Monumento Nacional. Ahora, después de haberse efectuado importantes excavaciones, se sigue reedificándolo y lo ocupan los monjes de la Orden Benedictina.

Por ahí adentro, entre la espesa maleza que llega al pie del Monasterio, se encuentra la fuente de San Virila. Dice la leyenda que estando este Abad junto a esta fuente, en el siglo VIII, fue sorprendido por los trinos de un pajarillo. A pesar de la dulzura, del maravilloso canto del pajarillo, pensó que no sería capaz de estar escuchándolo mucho rato sin aburrirse. Pero fue tal su éxtasis que permaneció de esta forma durante trescientos años.

Seguro que nosotros no hemos permanecido tanto tiempo en ese estado, aunque sí lo suficiente como para haber perdido esta otra misa.

La tercera misa será dentro de una hora. Para que esta vez no la perdamos también, nos hemos metido en la Iglesia media hora antes de que comience.

La Cañada Real pasa rozando el Monasterio y se sube rápida a la sierra. Viene de las tierras rojizas y ardientes de la llamada navarra y aragonesa y se acaba en las faldas herbosas y frescas del Pirineo.

Por este antiquísimo camino, lleno de gujarros y de tufo de ovejas, ascendemos al collado. El Paso del Oso, lo llaman los nativos. A media ladera descende la cañada señalada con mojones. A veces se pierde entre los altos bojes del monte. Existen unos rasos herbosos y pinos a los lados. Son pinos, altos, delgados y de poca rama. Por aquí pasa una pista que viene de Bigüezal, por la que transitan camiones cargados de troncos y sacos con carbón vegetal.

Hemos pasado ante un dolmen escondido entre bojes. Casi en seguida la cañada se asoma a las tierras de Bigüezal y Castillonuevo, caídas allá abajo. Enfrente vemos la sierra de Illón en la que destaca la blancura de la ermita de San Quirico. Siempre que se aproxima alguna tormenta el criado de esta ermita tiene la obligación de subir y tocar la campana a fin de prevenir a los que trabajan en el campo o en los bosques. Separada por el barranco de Bidate está la otra sierra, de Ollate o Borreguil, que se prolonga hasta que queda cortada muy abajo por el río Esca. También se ve desde aquí un trozo del Pirineo aragonés.

Entre nosotros y las sierras aludidas antes, están los campos de labrantío, rodeados por bojes, chaparros y piedras podridas. Montones de piedras sacadas de las piezas para que pueda nacer el trigo. Y montones de saltamontes por doquier.

Una carretera, casi recta, de unos 8 o 10 kilómetros une ambos pueblos. Es una carretera dura, descarnada, sin el menor amago de sombra, llena de sed, como estos campos y estas sendas; vacía en esta hora en la que el sol cae atrozmente sobre nosotros. A un costado de Castillonuevo hay un apretado grupo de huertos y algunos árboles frutales. Las hortalizas allí plantadas mitigan con su color, la monótona aridez del desolado paisaje.

Nos hemos subido por el barranco Bidate, dejando la cañada al otro lado. No porque ese era nuestro deseo, sino porque no nos hemos dado cuenta cuándo se iba por otro lado. Esta subida resulta endiabladamente dura. Por el calor y por los bojes y por el suelo que está lleno de piedra menuda y resbaladiza.

Se sale a terreno más despejado donde, entre rasos, hay alguna borda y pastos. A la derecha queda la sierra de Ollate con su ladera cubiertas de hayas. Después viene un laberinto de rocas que tienen los bordes sucios de barro por el paso de las ovejas.

Ya hemos salido al Alto de las Coronas. Después de cinco horas de marcha.

El Puerto de las Coronas es uno de los balcones más sugestivos que se abren al conjunto de macizos del Pirineo navarro-aragonés. La Diputación de Navarra además de asfaltar esta carretera que sube de Navascués y baja a Burgui, ha puesto allí un magnífico mirador, con mesas y bancos de cemento y una hermosa cocina de piedra. Lo que no hay es agua. Así estamos mi compañero y yo. Con la boca como si tendría estropajo dentro.

Aquí hay un poste con un letrero que indica Cañada. Hay varias sendas que se meten en el monte y todas con claras señales del rastro que dejan las ovejas.

Bien: al cabo de bastante rato de andar nos encontramos conque ya no es posible seguir adelante. De eso se encargan los tajantes paredones que se hunden en el abismo. Lo sensato hubiera sido volver atrás y comenzar de nuevo. Pero el calor horroroso, la sed y la perspectiva de que Ochagavía está aun lejano, nos lleva a husmear por todos los rincones en busca de una salida. Bastante tiempo después hemos dado con una senda que suponemos ha de ir hacia nuestra meta.

Nunca había visto tanto mosquito junto. Mi compañero, que marcha delante, va moviendo los brazos como aquel que está en el agua y no sabe nadar. Así va un buen trecho, hasta que se da cuenta de que a mí, atrás, apenas si me molestan. Naturalmente pasa rápido a ocupar mi posición.

El camino se mete entre pinos apretados que sacan al sol un tremendo olor a resina. Hasta que abandona la crestería dejándose caer, largo y a media ladera, hacia unos pueblos que vemos muy al fondo. Ochagavía debe andar perdido entre un sin fin de lomas, gargantas y bosques de pinos. De todas formas hace rato que nos hemos hecho a la idea de que allí no vamos a aparecer.

Luego, bajando mucho, aparecen unas huertas y detrás de una loma, bastante abajo, también, aparecen unas chimeneas sobre unas casas muy viejas hechas con piedra oscura.

Es Uscarrés, que pertenece al valle de Salazar y que dista de Ochagavía, por carretera, una porción de kilómetros. Los suficientes como para no ir andando a él.

Han pasado cerca de once horas desde que dejamos, allá atrás, el célebre Monasterio de Leyre, en una mañana avanzada henchida de sol...